Informaciones 15 junio 1953

(51) 67

LA CARRETERA Y LA GARITA

Por CALVO SOTELO

MARCHAMOS ahora, ya avanzada la noche, a dormir a Lympne, donde tomaremos el avión mañana. Hemos pasado unas horas viendo cómo Diana Churchill, la «vedette» de High Spirits, incrementa diariamente los votos laboristas, y a título de despedida damos unas vueltas por las calles de Londres. Esta, donde se alza Clarence House, la residencia actual de la reina madre, se encuentra absolutamente desierta. El oleaje de la circulación que anega las adyacentes, no le alcanza a ella, y un cierto aire recoleto y conventual, que la soledad y el silencio determinan, la envuelve.

De improviso, el centinela, un granadero de la guardia, con su peludo morrión de oso y su roja casaca, que permanecía, hasta este momento, con las piernas en compás y el fusil tendido hacia adelante en actitud de descanso, se lo echa al hombro y comienza a pasearse a derecha e izquierda marcando los movimientos con la misma marcialidad que en una parada. Nadie hay en la calle. Es imposible que pueda vernos. Pero él acaba de marcar sus puntos con la misma exactitud y rigor que si estuviese en presencia de la plana mayor de su Arma.

Por la rue del Faubourg Saint Honoré, los centinelas del Elíseo adoptan un aire de porteros aburridos y bostezan mientras no les llega el relevo. Los que en la bellísima Plaza Real de Copenhague ponen en movimiento las campanadas de los cuartos, distan mucho también de sujetarse a canon. Pedir a un español inmovilidad de estatua y pasos de desfile, salvo en muy precisos puestos, si sabe lejos al sargento, es ganas de pedir imposibles. ¿Qué motivos psicológicos mueven a este gigantón a producirse así cuando sólo él es espectador de sí mismo?

Veo en el inglés un ser que toma en serio sus deberes. Un ser sin retórica, frío pero eficiente, de una cortesía media insuperable, con una capacidad simultánea para el aislamiento y para la colaboración que no tiene rival y acostumbrado a sentir dibujándose, con un tembloroso relieve, el perfil de su patria, allí donde otros muchos no acostumbran ~~en~~ descubrir el de la suya.

Este centinela en su garita, en la que el fastidio físico ha de asaltarle, forzosamente, múltiples veces, está persuadido de que su deber de súbdito británico consiste en prestar servicio con el formalismo y la exactitud de un autómata, y lo hace.

Puesto que se ha decretado la posibilidad de amar, aunque no nos guste lo que amamos, e inclusive por eso mismo, déjesenos, a contrario sensu, proclamar cuánto puede gustarnos lo que no amamos.

Resulta imposible saltar los acantilados de Dover sin que la armonía y la fuerza de este país no sorprendan y admiren al que viene de lejos. La carretera, en la que el camión no se arroga atributos de César y autoriza al topolino a transitarla, sin laminarle, y la garita, son dos observatorios en los que atención se prende muy pronto. Y la calle, como explicación de aquélla. Aventurarse por las de París sin saber insultar en argot, es como hacerlo con el depósito de gasolina vacío. La calle de Londres es la calle más cortés del planeta Tierra.

Ese conducto de autobús que abdica de su derecho para permitirme a mí abusar del mío y me cede el paso; ese otro que se detiene para que su vecino concluya la difícil maniobra; el propietario del que me antecede que en un cartel pegado al cristal me advierte: «Voy de paseo, adelánteme si gusta», son todos motivos de asombro para un conductor celtibérico como el que suscribe. Ved aquí cien coches detenidos en Hyde Park Corner, desde hace más de veinte minutos, por un atasco ~~del tráfico~~. ¿Ois algo? No, nada. Algún comentario se cruza, de volante a volante, algún chófer se baja a estirar las piernas. ¿Será el claxon una invención latina?

La maquinaria de este país funciona, reconozcámoslo, maravillosamente, y si no es siempre sencilla —sacar de Inglaterra un disco con la «Romana» de Schumann sin pagar impuestos, exige el mismo papeleo que una declaración de herederos abintestato—, si es, siempre, de una pasmosa eficacia.

Cuando uno lo abandona —y a mí me ha llegado ese momento—, se lleva consigo la certeza de que, iniciado o no su declive, de todo lo que pueda ser fautora una masa compacta de 50 millones de ciudadanos, lo será ésta.

Subrayo esa convicción mía con un cierto tono esperanzado, porque si bien a lo largo de la Historia este país luchó contra la grandeza del nuestro y aun tiene puesta su mano, deshonestamente, sobre una parcela de su suelo, si la catástrofe sacudiese de nuevo a Europa en sus cimientos, los de Inglaterra se mantendrían firmes.

Ante una Alemania, traumática y fragmentada aún; una Francia escindida y una Italia débil, Inglaterra guarda intactos su vigor espiritual y su vigor material. Sólo España, en el mapa de Europa, respondería con la misma entrega, la ocasión llegada. Que ojalá no llegue.

Camino de Lympne, la luz de los faros parece barnizar el verde casi fosforescente de los árboles. Ha llovido hoy, igual que siempre, sobre los manzanos de Newton. El cielo es como esos calderos de los lares campesinos y amenaza volcar sobre Londres más agua todavía. No descargará sobre nosotros. Londres queda lejos ya. La coronación y su lausto se nos aparecen ahora, en la distancia, como un tema para una tabla de primitivos. Una vez más, al pensar en esta muchacha de veintiséis años al frente de un pueblo, se nos antoja la vida política inglesa un milagro de equilibrio y de sabiduría. Haber sido espectadores, aunque precariamente, de esas bodas gigantescas, entre la reina y sus súbditos, vale por sí mismo un viaje. De él concluyo, con estas líneas, mi labor de relatario.